

do á ella vive el sarmiento (1). Ese Sacramento es Dios, y solo uniéndose á Dios se hace el hombre grande y digno de Dios.

Concluyamos, Señores. La fe nos dice que en ese Sacramento está Jesucristo, el Hijo de Dios, nuestro Salvador. Venid, adorémosle, postrémonos ante él (2). Como el ciego de nacimiento al recibir la luz y reconocerle, digámosle: Creo, Señor (3); y creyendo, amemos; y amándole, rindámosle nuestros homenajes, y acerquémonos á él. Nos espera como un amigo, como un maestro, como un hermano, como un padre. Todos estos títulos de amor y de confianza toma con nosotros. No resistamos más. ¿A quién iremos sino á Él, que tiene palabras de vida eterna? (4) Fuera de Él, todo es tinieblas, corrupcion, muerte: junto á Él y en Él todo es luz, santidad, vida, amor y felicidad. Esto nos promete; esto nos dará, si creemos y amamos; y nos lo dará en el tiempo y en la eternidad.

(1) Id. XV, 5.

(2) Psalm. XCIV, 6.

(3) Joann. IX, 38.

(4) Id. VI, 69.

TERCER SERMON.

La esperanza fundada en el sacrificio de Jesucristo, y en la participacion de él y de sus méritos. La Eucaristia, prenda de esperanza.

*Fundamentum aliud nemo potest
ponere præter id quod positum est,
quod est Christus Jesus.*

(I ad Corinth. III, 11.)

EL designio de Dios, al criar al hombre á semejanza suya, fué tener en la tierra una criatura en quien se reflejárán sus adorables perfecciones, para elevarla despues á la participacion eterna de su gloria. Una condicion le impone tan solo: la fidelidad á un precepto, sencillo en sí, pero importantísimo en su objeto; para que, reconociéndose el hombre, con la obediencia, príncipe tributario de un rey supremo, existiese en él la razon del mérito necesario para la consecucion de un bien, que Dios quiere conceder únicamente como recompensa. Faltó la condicion; y el pecado, robando al hombre todos sus bienes, debia robarle tambien la esperanza de llegar un dia al término de que tanto se habia alejado: pero Dios no quiso. Al momento acude lleno de misericordia, que se complace en ostentar siempre sobre todas sus obras (1), y que no olvida ni aun en el dia de sus iras (2),

(1) Psalm. CXLIV, 9.

(2) Habac. III, 2.

y deposita la esperanza en el corazón del hombre, como consuelo en el dolor, bálsamo en la herida, y áncora en el naufragio. Y es que el pecado de Adán, dice Tertuliano (1), no fué sino un pecado de impaciencia; porque quiso elevarse á Dios demasiado pronto, y quiso lograrlo por el camino de la rebelión y de la desobediencia, en vez de hacerlo por el de la fidelidad, la obediencia, y el amor. Pero en cuanto á la idea en sí misma, el deseo de Adán no fué sino una necesidad, un instinto de la naturaleza. Por ello, dice el mismo Tertuliano, Dios no maldice á Adán y á Eva, como que les preparaba una restauración para elevarlos de nuevo (2). Ese instinto persevera en el hombre, y Dios lo alimenta con la esperanza, anunciándole un restaurador que, destruyendo los efectos del pecado, le devuelva con la gracia los bienes perdidos, y la virtud que le asemeja á Dios, y le da un derecho á la gloria prometida por el Criador. Este anuncio, que sigue inmediatamente al pecado, y esa esperanza constante miran á Jesucristo, no solo como á compañero del hombre que une su naturaleza á la de Dios en su persona, sino como víctima y Sacerdote, que expiando el pecado, conquiste para la criatura la gloria perdida, y merezca la gracia que acerca á Dios á cuantos de ella viven, haciéndoles participantes de su divina naturale-

(1) Perit, et ipse (Adam) per impatientiam suam utrobique commissam, et circa Dei præmonitionem, et circa Diaboli circumscriptionem, illam servare, hanc refutare non sustinens.... innocens erat, et Deo de proximo amicus, et paradisi colonus. At ubi impatientiæ succidit, desivit Deo sapere, desivit coelestia sustinere posse. (Tert. lib. de Patientia, cap. 5.)

(2) Nam etsi Adam propter statum legis deditus morti est, sed spes et salva facta est, dicente Domino: Ecce Adam quasi unus ex nobis factus est, de futura scilicet allectione hominis in divinitatem.... Ideoque nec maledixit ipsum Adam, nec Evam, ut restitutionis candidatos. (Id. adversus Marcion., lib. 2, cap. 25.)

za. Esto hizo Jesucristo. Cuando llegó la plenitud de los tiempos, le envió el Padre para que redimiese á los que estaban bajo la ley del pecado, y les diese la adopción de hijos de Dios (1). Este fué el objeto de su Encarnación, y este el de la Eucaristía, perpetuación de aquella, que le hace vivir siempre con nosotros en el augusto Sacramento, con los mismos caracteres, con el mismo objeto, y con el mismo resultado de su vida mortal. Por eso se llama prenda de eterna gloria (2), documento de esperanza, prenda de felicidad. Considerémosle hoy bajo este punto de vista. La esperanza del hombre se funda en el sacrificio de Jesucristo, y en la participación de él y de sus méritos: primera parte. El Sacramento de nuestros altares, perpetuando este sacrificio, es la prenda de nuestra esperanza, y el estímulo y modelo de nuestros sacrificios, necesarios para alcanzar lo que esperamos.

PRIMERA PARTE.

Es innegable, hermanos míos, que en el hombre hay un desorden intrínseco, que hace de él un misterio; pero es inconcebible que ese desorden venga de Dios, y que su Criador le formara tal, cual nosotros le vemos. El desorden no puede ser obra de la Sabiduría infinita; es un efecto del pecado, que, siendo un desorden en sí mismo, no produce fruto sino según su naturaleza. ¿Aban-

(1) Ad Gal. IV, 5.

(2) Æternæ gloriæ nobis pignus datur. (In Offic. Corp. Christi.) Notissimum futuræ felicitatis indicium, et divinæ miserationis præsagium certum. (S. Laur. Justin., serm. de Corp. Christi.)

donará Dios su obra? ¿Abandonará al hombre porque ha pecado? ¿Le exterminará, ó le dejará en la tierra entregado á sí mismo, reservándolo para una desgracia eterna? ¿Le igualará, finalmente, en el castigo al Angel rebelde, privándole de la esperanza? No, Señores. El Angel pecó por impulso propio, el hombre por seducción (1); y siempre es más digno de lástima el que cae vencido por la fuerza de un poder extraño, que el que se arroja por sí mismo en el abismo del mal. El hombre es miserable: y Dios, que en el pecado encontró el objeto sobre que versa su justicia, y la ejerció, en la miseria encontró el objeto de su misericordia, y se dispone á ejercerla. Dios manifiesta siempre sus atributos donde encuentre el objeto, que puede decirse es su término. Ha visto el mal, y su justicia, que es la aversion al mal, se arma contra él y lo castiga: *morte morieris*. Ha visto la miseria que ha engendrado el mal, y la misericordia, que en frase de un sábio se traduce corazon consagrado á los miserables, acude al remedio del mal. Yo pondré enemistad, dice á la serpiente, entre ti y la mujer, entre tu semilla y la suya. Y notadlo, Señores: estas palabras las pronuncia el Eterno antes de fulminar contra los padres culpables la sentencia de su castigo, como para derramar en sus corazones el bálsamo, antes mismo de abrir la herida: para infundirles la esperanza, antes de imponerles el castigo. ¡Cuán bueno es el Señor! (2) ¡Cuan cierto que su misericordia nos previene (3), y que, como canta el Profeta, aun cuando se irrita, se acuerda de su misericordia (4), siendo breve su ira para castigo, y eterna

(1) Gen. III, 12, 13.

(2) Psalm. LXXII, 1.

(3) Psalm. LVIII, 11.

(4) Habac. III, 2.

y abundante su misericordia para felicidad y vida! (1) He aquí la semilla de la esperanza arrojada en el corazon de la humanidad. Ella crecerá y formará árbol frondoso, á cuya sombra se cobije la descendencia de un padre desgraciado, para que le sean menos sensibles los ardores del sol de la justicia. (2)

Examinemos esa semilla y sigámosla en su desenvolvimiento. ¡Ah! ¡Es bello, cuando uno descubre las llagas del hombre, dejar caer en ellas una gota de bálsamo divino! ¡Es bello, al oír los horrores de un naufragio, saber que el pobre náufrago encontró, por fin, una tabla que le condujo á la ribera! Yo pondré enemistad entre ti y la mujer, dice Dios á la serpiente, y de su semilla nacerá la que quebrante tu cabeza, por sí misma y por su Hijo (2). ¿Observais la sublime economía de la providencia y misericordia divina? La mujer fué la primera víctima de la seducción, ella será el instrumento de la reparacion; ella es desde luego el principio de la esperanza (3). Adán y su posteridad, que pudieron mirarla como el segundo principio de su desgracia, la mirarán ya en adelante como segundo principio de consuelo y de felicidad. El pecado entrega el mundo al imperio de las tinieblas; el príncipe de estas, enroscándose sobre la tierra, se enseñoorea de ella: no hay quien se sustraiga á su maléfico influjo; la ponzoña del orgullo, que lanzá-ra con sus palabras de seducción, lo inficiona todo; y el silbo maléfico, que encantó á los primeros padres, se oye

(1) Psalm. XXIX, 6, 7. Momentum est in indignatione ejus, et vita, salus in favore et benevolentia ejus.... Tam brevis est ira ejus, ut si vespere fletus contingat, adsit mane lætitia. (Genebrard. in exposit. hujus Psalmi.)

(2) Gen. III, 15.

(3) I ad Timoth., 11, 14; Gen., loc. cit.

siempre en el mundo. «Comed; pasad adelante; nada os detenga; gozad; dominad; sereis como Dioses:» y el hombre, arrastrado por la atraccion de ese silbo, empuñándose en escalar el cielo á donde se siente llamado, descende á un abismo de que en vano procura huir. ¡Qué triste perspectiva para la humanidad encadenada al carro de su vencedor! Escuchad la pintura que nos hace el Espíritu Santo. Un pesado yugo oprime á los hijos de Adan, desde el dia que salen del seno de su madre, hasta el dia de su sepultura en el seno de la madre de todos: los pensamientos de su espíritu, los temores de su corazón, la esperanza de lo que sucederá, y el dia en que todo se acaba. Desde el que se sienta en trono brillante, hasta el que yace sobre la tierra y la ceniza; desde el que viste púrpura y ciñe diadema, hasta el que se cubre de un lienzo grosero, el furor, la envidia, la inquietud, la agitacion, las rencillas, la ira porfiada, el temor de la muerte, sobresaltan su alma aun en el lecho mismo, durante el sueño de la noche, en el tiempo del reposo. Apenas tiene un momento de descanso, casi nada: en el sueño mismo se halla como centinela que vigila. Se turba con las visiones de su imaginacion, como un hombre que escapa del enemigo en dia de batalla. Esta es la suerte de toda carne; y además de esto, la muerte, la sangre, la guerra, la espada, la opresion, el hambre y la ruina, y todas las plagas (1). Solo Dios consuela á la humanidad y la dice: yo suscitaré la semilla de la mujer, que quebrantará la cabeza de la serpiente; y destruyendo su imperio, daré de nuevo al hombre la grandeza, abriré el cielo, cerraré el abismo, y lo haré abatiendo al vencedor con las mismas armas con que ha vencido.

(1) Eccli. XL, 1.

En efecto, dice el Crisóstomo, los símbolos y los instrumentos de nuestra desgracia fueron una virgen, un madero y una muerte. Virgen era Eva; el madero, el árbol de la ciencia; la muerte, el castigo promulgado contra Adan. En lugar de Eva, ofrece Dios á María; la Cruz, en vez del árbol de la ciencia del bien y del mal; por la muerte de Adan, la de Jesucristo (1). Así, amados míos, desde el dia mismo de la caída, es prometida al hombre la restauracion; al lado del mal, se le presenta el remedio; y el dogma de un Redentor y de una mujer, que será su madre, se escribe en la primera página de la historia de la humanidad pecadora. Lo que nosotros creemos ahora, se creyó en el paraiso. Jesus y María, que son nuestro consuelo, fueron tambien el consuelo de los primeros padres. Esta fué la herencia de sus hijos; y esta esperanza aparece viva en toda la extension de la tierra. Dios la confirma, renovándola de tiempo en tiempo, para que la serpiente no logre extinguirla; para que la humanidad, internándose en el bosque de sus extravíos, no pierda de vista esta estrella, que le señala el rumbo en su carrera. Así logra, que cuanto más se acerca el dia de cumplirse la promesa, más clara aparezca su luz sobre la tierra.

La humanidad tiene un centro, una cuna, un origen solo. Nace en el paraiso: arrojada de él en castigo

(1) Nostræ calamitatis et cladis symbola fuere virgo, lignum, et mors. Nam et Eva virgo erat; quando enim seducta est, necdum cum viro commercium habuerat. Lignum, arbor erat. Mors, supplicium in Adamum constitutum. Ecce quomodo virgo, et lignum et mors, calamitatis nostræ organa extiterint. Cerne nihilo secius quomodo, eadem illa victoriæ nostræ instrumenta extiterint. Pro Eva fuit Maria; pro ligno autem scientiæ boni et mali, lignum Crucis; pro morte vero Adami, mors Domini. Intellegis diabolum, iisdem omnino armis ab homine expugnatum, quibus ipse hominem expugnaverat. (S. Joann. Crisost. in sacrum Pascha oratio.)

de su crimen, se multiplica y habita en la redondez de la tierra; el diluvio la extermina; y queda una sola familia, la familia de Noé. Este Patriarca ha recibido de sus padres la promesa y la esperanza; Dios la confirma; y los hijos de Noé, esparciéndose sobre la tierra, llevan consigo esta esperanza. ¿Cómo no llevarla, si era su único consuelo, el tesoro de su alma? La corrupcion con la idolatría envuelve en horrores y en tinieblas todos los pueblos, menos el pueblo de la revelacion; pero al través de esas tinieblas todos vislumbran una luz, todos conservan la esperanza. ¡Ah! era muy fuerte para que pudiera extinguirse; era el cimiento divino de la regeneracion, y Dios la conservaba; los esfuerzos del infierno no pudieron destruirla. Las fábulas de Grecia y su caja de Pandora, la esclavitud de Prometeo, los secretos de los Egipcios y los oráculos de los Romanos, las misteriosas supersticiones de los Druidas en sus cavernas, los libros de los Chinos, los geroglíficos de los Americanos, todos converjen hácia un solo punto, hácia la promesa que se oyó en el paraiso; todas son ramas del grande árbol de la esperanza, cuyo tronco conservaba en su revelacion el pueblo hebreo (1). Es cosa que pasma, Señores, esa homogeneidad de ideas en pueblos bárbaros y civilizados, en la cabaña del salvaje y en la quinta del poeta, en los bosques del nuevo mundo, y en las selvas drúidicas, en los teatros de Grecia y Roma, y en la morada misteriosa de los Parias y los Lamas. Toda la humanidad conserva esa esperanza, porque toda ella la recibió. Toda la humanidad levanta los ojos al cielo para ver cuándo se abre y da paso al Libertador prometido,

(1) Augusto Nicolás, Estudios sobre el Crist., parte 1, lib. 2, cap. 4, párrafo 3.

porque toda ella siente la cadena de la esclavitud (1); y víctima de la desgracia, presa de la corrupcion y del pecado, ha conocido que por sí misma no podia levantarse de su abatimiento; que todos sus esfuerzos eran impotentes, como los del esclavo, que un dia sacude con furor sus cadenas, presumiendo romperlas, y cae sin lograrlo, abrumado por su mismo esfuerzo y su fatiga. Dios quiso que el hombre conociera esta verdad; que la grandeza á que quiso llegar por sí mismo, no le puede venir sino de Dios; de Dios, que le crió á su imágen y semejanza para comunicarle su grandeza; no del hombre, que quiso ser como Dios á pesar de Dios.

La historia y la razon nos prueban, que la humanidad ha tenido siempre la conciencia de su degradacion por el pecado, y siempre ha conservado el instinto de su destino. Conociendo el mal, ha mantenido vivo el deseo de librarse de él; y viva tambien y poderosa la esperanza de lograrlo. Ha conocido el carácter del mal y su origen en el pecado, y la necesidad de una expiacion para librarse de él. Todo esto nos demuestra la historia de las religiones, y en ellas la historia de los sacrificios, medio universal de expiacion. Supuesto el pecado, y por él el desorden que separa de Dios, el universo no tenia sino dos medios de volver á su Criador, y sacudir el imperio del mal con sus consecuencias. Estos medios eran obtener gracia absoluta, ó reparar el pecado. Un perdon puro y simple, ó una reparacion equivalente y rigurosa. La esperanza estaba encerrada en esta alternativa.

Ahora bien: el perdon puro y simple, Dios en su infinita justicia no quiso concederlo. En ningun monumento está escrito: más aún; todos los pueblos, todas las

(1) Isai. XLV, 8.

religiones niegan su existencia. Jamás hombre alguno hizo profesion de creer en la absolucion totalmente gratuita del mal (1). Escuchad el grito de la conciencia universal, preguntad á los pueblos, y encontrareis en todas partes aspiraciones generosas, deseos de misericordia; pero reducidos á la necesidad de expresar estrictamente lo que es, lo que creen justo, lo que es debido, todos á la vez exclaman, dominados por un sentimiento irresistible, que el desórden moral, el pecado, no se cura sin dolor, y por consiguiente sin expiacion; que la esperanza de la regeneracion no existe sin la idea de un sacrificio en que se funde. Todos por ello han hecho uso del sacrificio, y su universalidad y su perpetuidad prueban su necesidad reconocida, como verdad esencial, como condicion impuesta por Dios (2). El mundo solo yerra en la víctima. La salud se alcanzará por la sangre: esto es lo que conserva de la verdad primera; pero pierde de vista, en sus extravíos, la cualidad de la víctima; olvida que ha de ser más que un hombre; que ha de ser el Cordero cuyo sacrificio revelara Dios á Adán, y que por ello se llama Cordero sacrificado desde el principio del mundo (3); y olvidada de ello, busca en la tierra lo que solo está en el cielo; quiere encontrar aquí bajo una sangre, que sea digno precio de rescate y baño saludable de purificacion. La de las bestias no tiene tamaño valor: busca la del hombre, y un criminal condenado á muerte ocupa el lugar de las víctimas; pero su sangre no es

(1) Entre tantas y tan distintas religiones, ninguna hay que no haya tenido por objeto principal la expiacion. El hombre ha reconocido siempre que tenia necesidad de clemencia. (Voltaire, Ensayo sobre las costumbres, cap. 120.)

(2) Charron: La sabiduría, lib. 2, cap. 7.

(3) Apoc. XIII, 8.

bastante pura. Quiere otra que exhale perfumes de inocencia, y derrama la del extranjero, que acaso cae en sus manos: es poco aún. Busca la de los que ciñen corona, como si esta le diera más precio; y abismándose más y más con el rigor de una lógica inexorable, hace caer bajo el cuchillo sagrado millares de cabezas de tiernos niños, que cuelgan aún del pecho de sus madres. Así el género humano, esperando la salud y la vida, la busca en la sangre y en la muerte; así rinde homenaje á una verdad saludable, y anuncia el sacrificio, que será la señal del Dios libertador (1).

Toda esta teología de los antiguos pueblos está resumida en estas palabras de San Pablo: Sin efusion de sangre no hay remision (2); pero es imposible que la eficacia necesaria para producirla se encuentre en la sangre de los toros y corderos: por ello, entrando en el mundo el Cristo, dijo á su Padre: «Los holocaustos por el pecado no os han aplacado; pero me habeis formado un cuerpo: hé aquí que yo vengo á cumplir vuestra voluntad, realizando las esperanzas que dísteis á la humanidad, de ser redimida por la sangre (3).» Y la sangre de Cristo, concluye el Apóstol, ha pacificado todas las cosas, ha reconciliado al mundo con Dios, ha elevado al hombre á la dignidad de Hijo de Dios (4).

La esperanza de los pueblos daba esperanza de un

(1) El salvaje idólatra del nuevo mundo, y el sectario civilizado del antiguo politeismo, creen igualmente que sin la efusion de sangre no pueden ser perdonados los pecados. No habiéndose creído siempre suficiente la vida de los animales para borrar la mancha del crimen y apaciguar la cólera del cielo, con frecuencia se pedia la muerte de una víctima más noble, y los altares del paganismo eran regados con torrentes de sangre humana. (Faber, Horas mosáicas.)

(2) Ad Hebr. IX, 22.

(3) Ad Hebr. X, 4, ad 7.

(4) Ad Colos. 1, 13, 14, 19, 20.